

# CRONICA DE LA POLITICA NACIONAL

Hagamos brevemente el resumen del año. Es costumbre inveterada de periodistas pasar revista a los hechos ocurridos en la vida nacional durante los doce meses, al cumplirse el plazo anual. No trataremos aquí de enumerar cronológicamente los acontecimientos ocurridos para refrescar la memoria de nadie. Más útil será a nuestro propósito describir, a grandes rasgos, con la perspectiva del pasado inmediato, el perfil del año político. 1945 será, a no dudarlo, una fecha crucial para la historia futura del mundo. ¿Cómo sería posible imaginar que no tuvieran estos doce meses, cargados de sucesos de dimensiones cósmicas, hondas repercusiones en nuestro país? En 1945 se ha terminado la más espantosa de las guerras que la Humanidad haya conocido. Una enorme matanza de treinta y cinco millones de seres humanos ha dado fin. El Continente europeo es apenas hoy día otra cosa que una mera expresión geográfica. Ciudades, pueblos y razas están al borde de la total desaparición y del exterminio. Masas gregarias de millones emprenden en sentidos contrapuestos el camino del nomadismo. Clases sociales enteras han desaparecido en el común denominador de la miseria. Se oyen hablas eslavas junto al Elba, y rostros mongólicos asoman al Danubio y al Adriático. Asia es un inmenso hervidero de seres humanos, agitados en tremenda confusión, bajo el lema del «odio al hombre blanco». Surge en el mundo la mayor potencia militar de la historia encarnada en un pueblo joven, de verbo anglosajón, inmensa eficiencia industrial y recursos ilimitados, que posee además, prácticamente, todo el oro del mundo. Y por si no fuera bastante este panora-

ma grandioso y alucinante de semejante hora única en el devenir humano, la física moderna descubre en un asombroso proceso de elaboración técnica el modo de utilizar para fines bélicos la energía atómica. Las concepciones estratégicas y tácticas sufren como consecuencia tan tremenda convulsión, que podrá hablarse en lo sucesivo de dos etapas perfectamente diferenciadas en el arte de la guerra: antes y después del bombardeo de Hiroshima. Los factores geográficos han quedado de tal modo superados por las sensacionales novedades de la balística, que la política exterior de los Estados ha de ser repensada y replanteada en función de los nuevos descubrimientos y experiencias de la guerra.

Para España, situada en Europa, lindando con el Africa y asomada como un bastión avanzado sobre el Atlántico, toda esta serie de graves peripecias ocurridas en el curso del año han de pesar sobre su futuro. No hay quien razonablemente pueda hoy día pronosticar el sentido general de nuestro nuevo porvenir. Bajando la mira de nuestro visor, diremos, en cambio, que el año 1945 ha significado concretamente un importante paso en la vida de nuestro Régimen y de nuestro Movimiento, al atravesar con normalidad la delicada crujía del fin de la guerra mundial. ¿A cuántos no hemos oído proclamar durante meses y meses que el término de la lucha iba a simultanearse con la extinción repentina del Régimen español? Y, sin embargo, nuestro país vio llegar el punto final de la trágica pelea con tranquilidad y con serena alegría. Ninguna convulsión histérica agitó la convivencia existente, y los españoles pudieron contemplar con ojos limpios de pasión los primeros balbuceos de la paz.

¿Cómo esperó nuestro Gobierno la llegada de la postguerra en el mundo? Marchando normalmente por el camino de su propia evolución interna. España no necesitaba recibir exhortos de nadie para ir adecuando su mecánica estatal a las realidades de cada momento. Y viniendo al caso concreto de esta evolución, subrayaremos aquí que lo realizado en el año 1945 ha sido una mutación de ciertos aspectos accesorios y secundarios del Régimen, cuya modificación se ha llevado a cabo con prudencia y ritmo admirables. Ni el más leve incidente ha turbado esta discreta metamor-

fosis de algunos detalles externos y litúrgicos del sistema vigente. Más, mucho más, de lo que el más intransigente crítico externo, periodista o diplomático, hubiese soñado como demanda a España en 1943 ó 44, es lo que se ha recorrido por voluntad propia en el camino de neutralizar la fachada del Estado ante la mundial polémica de los adjetivos antagonísticos: democrático o totalitario. Y ello sin detrimento alguno de la sustancia política original de nuestro Movimiento. 1945 ha sido en ese sentido el año que afirma la madurez de nuestro Estado y la flexibilidad extraordinaria de su política.

La legislación ha ido brotando de las Comisiones consultivas y elaboradoras de las Cortes, creando las bases fundamentales de nuestro futuro ordenamiento legal. La Ley de Administración Local, el Fuero de los Españoles, la Ley de Enseñanza Primaria son otros tantos jalones del sistema político y definitivo de España. El «Fuero», además, como compendio de las obligaciones y libertades del español, viene a ser el núcleo de una serie de disposiciones complementarias futuras sobre las que se irá inscribiendo paulatinamente la actividad política de los ciudadanos. La Ley de Administración Local, a su vez, lleva en sí el germen de la representación popular de las masas y su concreción en formas y métodos nuevos. En cuanto a la Ley de Enseñanza Primaria, es de tal trascendencia y alcance, que su vigencia durante un decenio bastaría para transformar radicalmente la formación espiritual y mental de una gran parte de la población futura de España.

Una crisis política sobrevino a mediados de julio para relevar a unos ministros por otros, compañeros suyos, en quienes ahora recaía la responsabilidad del cargo. La política general del país no sufrió variación sensible en su trayectoria exterior. En el orden interno, hubo de hacerse frente a partir del verano al terrible problema de la sequía y sus pavorosas consecuencias. Gran parte de la cosecha de cereales y forrajes, casi todos los pastos, un porcentaje altísimo de la ganadería y millares de horas de trabajo en la industria, representan el balance global de las pérdidas sufridas por la economía española. En total, bastantes

miles de millones de pesetas de quebranto, y una considerable contracción en las perspectivas de la coyuntura.

Pero no sólo ha sido el año fecundo en acontecimientos, sino también en anuncio de propósitos futuros. Solemnemente, el día 18 de julio, aniversario del Alzamiento, pronunció el Caudillo un memorable discurso, en el que, de un modo rotundo, diáfano, expuso su proyecto de dar al Estado una definitiva forma y solución monárquica. Esta declaración, hecha a la faz de España y del Mundo, ha servido para despejar el futuro en términos inequívocos en cuanto al *qué*, dejando, naturalmente, en las manos del Generalísimo y a la vista de las conveniencias y el interés supremo de España, el *cuándo* y el *cómo*.

La campaña exterior de difamación, injuria y calumnia no ha cesado durante todo el curso del año. Como en los procesos infecciosos, se ha ido encrespando y remitiendo, al compás de los sucesos exteriores y en espera de que la ocasión les fuera favorable a los alborotadores. El final de la guerra en Europa, la Conferencia de Potsdam, las reuniones de San Francisco, las conversaciones sobre Tánger, las entrevistas de Moscú; todas fueron buenas coyunturas para los empresarios del escándalo farisaico. Nuestra neutralidad, más que reprochable, «benévola», para decirlo con palabras de un embajador beligerante, Carlton Hayes; nuestra hidalga ayuda a los cientos de miles de refugiados; las facilidades dadas a los hebreos fugitivos de Europa; la reconstrucción interior del país; el abastecimiento; las leyes sociales; el orden público..., ¿qué importa todo ello a quienes buscan sólo desahogar su viejo rencor impotente? Mientras queden dólares —y aun parece que se dispone de unos restos del imponente botín robado en 1936-39, y puesto a buen recaudo en los Bancos de Francia, Rusia, Inglaterra, Estados Unidos y Méjico— habrá propaganda y bravatas radiofónicas, y dislates inenarrables en la Prensa de muchos países sobre la situación de España. No importa que nuestra tierra esté abierta a los extranjeros que quieran visitarla, sea cual fuere su condición o ideología; ni que puedan remitirse sin censura desde cualquier estación telegráfica cuantos despachos se le antoje al corresponsal de turno (hecho poco frecuente

en otras naciones de la Europa liberada), transmitiendo informaciones veraces o inventadas; ni que la abundancia de artículos de consumo sorprenda a los viajeros; ni que la normalidad de la vida nacional sea absoluta... Hay que crear un ambiente, y se habla nada menos que de la *crise espagnole*, como de un problema agudísimo que se halla sobre el tapete, emparejado con el de Persia, el de Bulgaria, el de Rumania o el de Java, por periódicos que se consideran responsables, bien informados y solventes, y que son leídos por el gran público de París o de Bruselas. Pero la *crise espagnole* es, en cierto país vecino, aunque sea doloroso el decirlo, un derivativo para las graves crisis domésticas, auténticas y profundas; un lamentable aglutinante demagógico para echar a las masas hambrientas un mito que las entretenga, mientras no haya algo más sustancioso que darles; una bandera electoral grotesca y ridícula para captarse votos extremistas en las, ¡otra vez!, próximas elecciones generales, y por encima de todo ello, un triste, un lamentable error que lleva camino de causar un daño irreparable a las buenas relaciones entre España y Francia.

Nuestro Gobierno creyó llegado el momento, a fines del año, de salir al paso de semejante aluvión de injurias. En una nota serena, objetiva y firme expuso las más elementales razones que defienden no ya el derecho de España a gobernarse a sí misma, sino también a tomar, en su caso, medidas de iniciativa propia en sus relaciones con los injuriantes. Ningún español dejó de solidarizarse con esta actitud, en la que no puede hallarse sombra de jactancia, por hallarse iluminada por la luz del sentido común. El Caudillo quiso aludir también al asunto, y en un inspirado discurso dirigido a sus compañeros de armas, con motivo de la Pascua militar, reiteró lo que ya con anterioridad, en las maniobras veraniegas de Aya y en la fiesta de la XIV promoción del Alcázar de Toledo, el 26 de octubre, les había manifestado; es decir, que sólo los pueblos que saben celar su independencia y defenderla, si es preciso, por su propio esfuerzo, salvan su honor y su integridad. De ahí que el Ejército necesite hoy, más que nunca, reafirmar su unidad, que es la clave del edificio social. De ahí también que la lealtad

indiscutible a su Jefe y a los ideales del Movimiento de Julio, resplandezcan hoy con más brío que nunca en los pechos militares de España.

La Iglesia afirmó también, por la autorizada voz de sus Jerarquías más eminentes, su pensamiento respecto a la situación política de España y del Mundo. Palabras profundas, llenas de unción y sabiduría resonaron desde el alto sitial del Vaticano invitando a los pueblos del Universo a renovar cristianamente su vida y sus costumbres, para evitar una nueva catástrofe. Los arzobispos y obispos de España recogieron las magistrales enseñanzas, difundiendo en pastorales y circulares las verdades evangélicas a la luz de los acontecimientos. Atraviesa la Iglesia española, después de la dura prueba de la guerra de Liberación, que martirizó a tantos de sus miembros, una etapa de esplendor y de plenitud. Nunca conoció España en los últimos cien años período semejante de florecimiento espiritual del catolicismo. La Jerarquía, el clero secular y el regular, las Ordenes monásticas, los fieles, rivalizan en ardimiento y en celo apostólico. Cunde por doquier un espíritu de solidaridad cristiana que se refleja en actitudes, en gestos, en donativos, en socorros. La caridad se practica a manos llenas. Los suburbios de las capitales —un pavoroso problema de penuria de cuerpos y almas— son atendidos por primera vez con un criterio sistemático, audaz, moderno y generoso. Brotan las vocaciones de toda clase. Los cumplimientos pascuales se multiplican en forma sorprendente. Y aunque no tratemos de dar una visión sonrosada y optimista del panorama religioso nacional, en el que hay mucho que hacer, si nos creemos obligados a traer aquí esta faceta de nuestra vida española. Aspecto esencial para quien quiera conocer de verdad la actitud mental de una enorme masa de la población, adherida al Régimen y a los principios del Movimiento, porque ve protegida y estimulada por el apoyo oficial la religión de sus mayores, sin la cual son ininteligibles la idiosincrasia, la historia y la existencia nacionales.

Y otro factor político decisivo en el año: la actitud de la Universidad. Quienes no conozcan ese dato errarán profundamente sobre las perspectivas de nuestro futuro. Pues

he aquí que por primera vez ocurre este insólito hecho en el seno de la gran comunidad universitaria nacional: profesores y estudiantes en abrumadora mayoría se hallan de corazón compenetrados con los ideales del Movimiento de Julio. Rompiendo todas las funestas tradiciones anteriores, no sería posible organizar hoy, por ejemplo, una revuelta universitaria contra el Régimen, utilizando como antaño pobres muchachos irresponsables, dirigidos por un par de bergantes. Hoy día, la clase estudiantil agrupada y consciente se siente solidaria de la obra nacional del Gobierno y lo apoya con feroz vehemencia en su defensa de la dignidad de España y de su independencia exterior. ¿Se concibe bien la trascendencia de este detalle en la estrategia política interior? Pues la realidad es todavía más drástica, y la gente moza de nuestras aulas de Facultad iría muchas veces demasiado lejos, en sus ansias de incontenido patriotismo.

Tales son, a vuelapluma, los rasgos salientes del perfil del año fenecido. Empieza el nuevo, bajo los auspicios internos favorables, de lluvias abundantes, normalidad hidroeléctrica, euforia en Bolsa y perspectivas de recuperación económica. El Caudillo quiso cerrar su ciclo anual de viajes visitando Extremadura, para conocer sus problemas auténticos y estudiar sobre el terreno las fórmulas de solución. Un gran proyecto de obras públicas se anuncia en consecuencia para ser realizado en etapas, durante varios años.

En lo exterior, la ofensiva verbalista de los «malditos» baja un tanto su diapasón para tomar fuerzas con vistas a la coyuntura siguiente. Un llamado «Gobierno» fantasma vaga por algunas Repúblicas sudamericanas solicitando reconocimientos diplomáticos y algún donativo. En su torno las pendencias entre sus componentes; las atrocidades que cuenta Araquistain de su cuñado Del Vayo; las que dice Prieto de Negrín; las diatribas de Giral contra los comunistas, salpican el triste cortejo de los asesinos e incendiarios con la baba de las monstruosas acusaciones mutuas. ¡Reconfortante espectáculo para quien se atreva a reconocerles solvencia gobernante!

Mientras tanto, España, es decir, los veintisiete millones

CRÓNICAS

de españoles que viven en este viejo solar, se dispone a recorrer su camino propio, de paz y de trabajo, con la misma fe en sus convicciones políticas peculiares que pueda tener en las suyas el granjero de Missouri o el ciudadano de Glasgow.

\* \* \*